

DESENGAÑO BARROCO EN *SUCESOS DE FRAY GARCÍA GUERRA DE MATEO ALEMÁN*

JOSÉ CARLOS GONZÁLEZ BOIXO
(Universidad de León)

La importancia del *Guzmán de Alfarache* en el panorama de las letras áuricas ha originado que el nombre de su autor, Mateo Alemán, quede asociado a la célebre novela de manera casi excluyente. Sin embargo, hay dos textos –entre otros que escribió– que también merecen una valoración literaria apenas esbozada hasta el momento. Tanto la *Vida y milagros de San Antonio de Padua* (1604) como *Sucesos de fray García Guerra* (1613) fueron obras de inspiración personal –nadie se las encargó– que necesitan de una atenta lectura desde la perspectiva literaria. Las recientes reediciones de *Sucesos* de 1983 y 2004¹ denotan que algunas de las carencias existentes en el estudio de Mateo Alemán empiezan a ser corregidas.

La obra *Sucesos* presenta dos partes diferenciadas, una *relación* y una *oración fúnebre*. Ambas participan de una única estructura textual, como se demuestra por las referencias que en la *oración fúnebre* se hacen a la *relación*. La 1.^a parte

¹ *Sucesos de D. Frai Garcia Gera [...] Por el contador Mateo Aleman, criado del rei nuestro señor [...], en Mexico. En la enprenta de la Viuda de Pedro Balli [...] Año 1613*, reedición facsimilar, estudio preliminar y transcripción modernizada de J. Rojas Garcidueñas, prólogo de A. Castro, preliminar de J. L. Martínez, México: Real Academia Mexicana, 1983.

Sucesos de don fray García Guerra y oración fúnebre, ed. de G. Santonja, Burgos: Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, Colección Beltenebros minor, 2004.

es una *relación* que informa al lector sobre la muerte de fray García. No cabe duda que debe ser considerada como una *relación funeraria*, ya que en ella se aprecian con claridad las características básicas de dichos textos. El propio Mateo Alemán ratifica en la dedicatoria del libro esa tipología al hablar de «esta obra fúnebre, por serlo toda en todo» (pág. 55)². Pero esta constatación no impide que la *relación* pueda ser valorada también desde otras perspectivas. La mención a *Sucesos* en el título es indicativa de que nos encontramos ante otro tipo de *relación*, la denominada *relación de sucesos*, un derivado cronístico que buscaba ofrecer al lector una información detallada sobre algún suceso particular que, aunque podía ser festivo –la celebración de un determinado acontecimiento– generalmente trataba de asuntos catastróficos. Mateo Alemán no solo escribió un elogio fúnebre del arzobispo y recogió con detalle sus funerales, sino que concibió la obra como un todo en el que su muerte adquiriría un significado especial derivado de aquellos *sucesos* con los que se iniciaba la *relación*. El texto de Mateo Alemán se desarrolla siguiendo el modelo de las *relaciones funerarias*, si bien la parte inicial, en la que se debía tratar de forma encomiástica la biografía del difunto, se modifica según el modelo de las *relaciones de sucesos*, reduciendo la biografía de fray García a los «sucesos» que parecen anunciar su muerte. No resulta necesario detenerse en el análisis de la tipología de las *relaciones de sucesos*, cuyas características esenciales quedan señaladas en la definición anterior³, pero sí es preciso, antes de realizar un análisis pormenorizado de la *relación* de Mateo Alemán, resumir algunas características del modelo fundamental, las *relaciones funerarias*.

LAS RELACIONES FUNERARIAS

La *relación de exequias, fúnebre o funeraria* da noticia de los actos funerarios de miembros destacados de la sociedad (desde nobles o cargos importantes hasta llegar a la cúspide social representada por los reyes). Son textos que pueden ser relevantes en cuanto a información histórica y descripción de la sociedad de la época y que, secundariamente, pueden tener interés desde el punto de vista literario, bien por la propia caracterización literaria del texto si su autor tiene dotes para ello (algunas de ellas fueron escritas por autores que destacaron en el campo de la literatura), o por la inclusión de poemas u otros textos que, como los *sermones* y *oraciones fúnebres*, pertenecen a la serie literaria. De ahí que

² Se cita por la edición de *Sucesos* realizada por Gonzalo Santonja en 2004.

³ Véase Dalmacio Rodríguez Hernández, «Relaciones de sucesos en la Nueva España: más allá de la historia de la prensa en México», en *Literatura y Emblemática. Estudios sobre textos y personajes novohispanos*, eds. M.^a I. Terán Elizondo y A. Ortiz, México: Universidad Autónoma de Zacatecas, 2004, págs. 291-303.

el interés que estas relaciones tienen para los historiadores sea compartido por los críticos literarios.

Desde la perspectiva literaria, el análisis de estas *relaciones* se ha centrado en unas pocas (aunque altamente significativas) y las conclusiones a las que podemos llegar hoy día son bastante claras. Nos encontramos ante un corpus textual compuesto por centenares de manuscritos y de opúsculos impresos (forma editorial habitual) con estructuras muy similares. La mayoría de los críticos que las han analizado comparten una queja: la escasa atención que se ha prestado a estos textos, que no se corresponde con su importancia.

¿En qué consistían estas *relaciones fúnebres*? Lo fundamental es la descripción de las exequias, deteniéndose de manera especial en la procesión que, saliendo de diversos puntos de la ciudad, se forma para acudir a los actos conmemorativos, y en el catafalco o túmulo que se erige en honor del finado. La relación se completa con una introducción, más o menos amplia, sobre la vida del difunto y, a veces, se termina con la reproducción de alguna *oración* o *sermón fúnebre* escrito para la ocasión. En definitiva, se trataba de dejar constancia por escrito de un acto de enorme relevancia social. Ese aspecto social ha sido destacado habitualmente por los investigadores que se han acercado al tema y, en ese sentido, estas relaciones proporcionan un testimonio único de la sociedad de la época debido a la minuciosidad con que relatan las celebraciones funerarias. El interés literario de estas relaciones deriva del propio texto, pero también de una consideración más amplia de estos acontecimientos funerarios en cuanto fenómeno artístico ya que afectan a la literatura, al teatro, a la pintura, a la escultura y a la arquitectura. Desde la perspectiva literaria, el análisis se centraría en la textualidad de la relación, pero también en los materiales literarios exentos que recoge: poemas, emblemas, jeroglíficos y otros textos que figuran en el propio túmulo o de los que se deja constancia por haber sido leídos en las celebraciones. Pero esta perspectiva literaria sólo adquiere coherencia si se tienen en cuenta los otros elementos artísticos señalados. La teatralidad resulta fundamental en los actos en sí mismos y el escenario no sólo se limita al lugar del catafalco sino que toda la ciudad se convierte en un espacio teatral, tanto en lo que deriva de los actos públicos procesionales como respecto a la decoración de la ciudad con sus edificios cubiertos por lienzos negros. Pinturas y esculturas complementan la arquitectura del túmulo que se erige principalmente en iglesias, ocupando generalmente el mayor espacio disponible en las mismas, el crucero, donde la fábrica se alza hasta el techo de la iglesia. Todo ello en un alarde de artificio, arquitectura efímera que muestra en su pompa la grandeza mundana de una sociedad que testimonia el profundo sentimiento religioso de aquellos siglos.

En este contexto, la *relación fúnebre* debe ser ubicada en la que se denomina «literatura efímera». No es extraño que María Dolores Bravo Arriaga, en el marco

de una historia de la literatura mexicana del s. xvii, sitúe estas relaciones en el capítulo «Festejos, celebraciones y certámenes», del mismo modo que Aurora Egido las incluye en su artículo sobre certámenes poéticos y arte efímero.⁴ Porque aunque desde nuestra óptica pudiera parecer extraño igualar una festividad con un acto funerario, en los Siglos de Oro ambos participan de la característica de «celebraciones», actos públicos que tienden a alcanzar el máximo boato que permite el costo del festejo.⁵ Los arcos triunfales que se erigían para celebrar el nombramiento de un rey, o un virrey en el caso de América, y de otras autoridades como podían ser los arzobispos, llegaban a ser fábricas efímeras de gran complejidad, igualadas o superadas en los túmulos funerarios.⁶ El carácter luctuoso de unas exequias no suponía una merma en la trascendencia social del acontecimiento, de forma que los dos actos más relevantes que se le tributaban a una personalidad pública, la toma de posesión del cargo y las exequias funerales, coincidían en las fábricas efímeras y su acompañamiento de pinturas, poemas, figuras alegóricas y emblemas.⁷ Un buen ejemplo de hasta qué punto

⁴ María Dolores Bravo Arriaga, en su artículo «Festejos, celebraciones y certámenes», en *Historia de la literatura mexicana*, coord. R. Chang-Rodríguez, vol. 2: *La cultura letrada en la Nueva España del siglo xvii*, México: Siglo XXI, 2002, págs. 85-111, analiza varias relaciones: las exequias en 1642 del arzobispo de México, Feliciano de la Vega (págs. 95-96), las del príncipe Baltasar Carlos en 1647 y las de Felipe IV en 1665 (págs. 04-106). Aurora Egido, en «Certámenes poéticos y arte efímero en la Universidad de Zaragoza (siglos xvi y xvii)», en A. Egido y VV. AA., *Cinco estudios humanísticos para la Universidad de Zaragoza en su centenario IV*, Zaragoza: Caja de Ahorros, 1983, págs. 9-78, describe las exequias en Zaragoza de Felipe II de 1598 (págs. 28-33) y las de Margarita de Austria en 1612 (págs. 36-38).

⁵ Felipe II, dada su concepción austera de la vida, trató de evitar, aunque sin demasiado éxito, esa pompa excesiva que en Europa, y particularmente en la corte borgoñesa, tenían las exequias reales. Las relaciones que describen los funerales de Carlos V muestran la suntuosidad y artificios dispuestos en honor del emperador. Ejemplos interesantes se encuentran en una relación francesa de la corte de Borgoña que describe las exequias que a principios del siglo xvi se tributaron a Isabel la Católica, Felipe el Hermoso y Fernando el Católico. Cfr. Elisa Ruiz García, «Aspectos representativos en el ceremonial de unas exequias reales (c. 1504-1516)», en *En la España Medieval*, 26 (2003), págs. 263-294.

⁶ Describe Egido (art. cit., pág. 29) uno de esos túmulos: «El de la plaza del Mercado era de 140 palmos de altura y 92 de ancho, sobresalía por encima de las casas y estaba dispuesto en perspectiva con una primera planta de orden dórica, con ricas molduras y asientos para los hachones de las luminarias...».

⁷ Recuérdese el «Neptuno alegórico» (1680) que escribió Sor Juana Inés de la Cruz para la fábrica del arco de triunfo en honor del Conde de Laguna, en su toma de posesión como virrey, y el «Triunfo parténico» de Carlos de Sigüenza y Góngora. Añádanse otras dos obras menores publicadas por José Pascual Buxó en su *Arco y Certamen de la poesía mexicana colonial. Siglo xvii*, México: Universidad Veracruzana, 1959, el «Marte católico» (1653), descripción de un arco de triunfo, y «Breve relación de la plausible pompa» (1673), un certamen literario. Hace alusión Pascual Buxó a la que probablemente fue la primera celebración festiva en México que aporta características de artificio: la refiere Bernal Díaz del Castillo en su crónica y tuvo lugar en 1538. Al respecto, leemos su comentario a algunas citas del cronista: «Lo más asombroso de tales festividades fue, sin duda, aquella fábrica ingeniosa que el italiano Luis de León, erigió en la plaza mayor; amaneció ésta hecha un bosque “con tanta diversidad de árboles,

se produce esta identidad lo constituye el certamen poético que convoca la Universidad de Zaragoza para honrar a Felipe II en sus exequias (véase Egido, *op. cit.*, págs. 28-33).

La comparación entre *relaciones de exequias* de España y de América ofrece, sin llegar a un análisis exhaustivo, una notoria identidad. Los protocolos de los diversos actos funerarios apenas sufren variaciones significativas en dos siglos y tendremos ocasión de comprobarlo a través del texto de Mateo Alemán. Las exequias reales marcan la pauta, dada la trascendencia histórica del finado, siendo las del emperador Carlos V y las de Felipe II las más relevantes.⁸ En América, aunque se celebraron exequias reales en diversas ciudades, fueron México y Lima las que protagonizaron dichos actos. Además de los reyes, merecieron pompas fúnebres los virreyes y arzobispos. En el caso de México, el estudio de Rodríguez Álvarez⁹ deja constancia de este tipo de exequias que comienzan con las de Carlos V, bien conocidas a través de la *relación* que de ellas hizo Francisco Cervantes de Salazar, *Túmulo imperial* (1560), y menciona también las *relaciones* que se escribieron sobre algunos virreyes. En lo referente al arzobispo y virrey fray García Guerra señala Rodríguez Álvarez (*op. cit.*, pág. 211) que no se han encontrado relaciones de sus funerales. Es evidente que el libro de Mateo Alemán excede el concepto de «relación», en un sentido oficial, pero también es cierto que contiene sus elementos sustanciales.

Las exequias de fray García Guerra fueron realizadas con gran pompa, tal como se deduce del único relato que tenemos de las mismas. Es una lástima desde el punto de vista informativo (aunque un acierto desde la perspectiva literaria, como veremos) que Mateo Alemán prescindiese de la descripción detallada del catafalco, limitándose únicamente a señalar sus elementos esenciales. A pesar de la parquedad de su relato en este aspecto, puede deducirse que debió ser impresionante: se hizo en la capilla mayor de la catedral, tenía una base cuadrangular y tres plantas, estando situado el túmulo en la tercera. Además, sobre las esquinas de la primera planta se erigieron cuatro pirámides

tan al natural como si allí hubieran nacido” y lleno de todo género de “alimañas chicas de las que hay en esta tierra, y dos leoncillos, y cuatro tigres pequeños”. En ese escenario sorprendente se fingieron partidas de caza y espectaculares escaramuzas de gente indígena, y al día siguiente, “la misma plaza mayor hecha una ciudad de Rodas con sus torres almenadas”...» (pág. 8). El ingenio de estos artificios fue en aumento con el paso del tiempo.

⁸ Las de Carlos V se celebraron en 8 ciudades españolas, 5 europeas y en México y Lima (cfr. María Adelaida Allo Manero, *Exequias reales de la Casa de Austria en España, Italia e Hispanoamérica*, Zaragoza: Servicio de Publicaciones de la Universidad, 1993). Sonia Rose («La hija pródiga del imperio: honras fúnebres a Carlos V en la Ciudad de los Reyes», *Destiempos.com*, año 3, 14 [2008], págs. 129-141) estudia en detalle las exequias de Lima y da noticia de otras celebradas en Potosí y, probablemente, en Cuzco o Quito.

⁹ María de los Ángeles Rodríguez Álvarez, *Usos y costumbres funerarias en la Nueva España*, Zamora, Michoacán, México: El Colegio de Michoacán, 2001.

que llegaban casi al techo del templo, «en lo alto de cada pirámide remataba con un hacha de cera blanca, que casi frisaba con lo alto del techo de la iglesia, en distancia competente para no hacerle ofensa por ser de madera» (pág. 121). Como era habitual, todo el artificio se acompañaba de multitud de velas y velones: «estaba tan acompañado en blandones, hacheruelos y candeleros de plata, con cera blanca en proporción, que todo junto remataba en forma piramidal y parecía una sola hoguera o pira» (pág. 121).¹⁰ Sin embargo, nos priva Alemán de un acopio documental que es habitual en las relaciones funerarias y que tiene gran interés para la historia literaria, al margen de su escasa calidad: «Amaneció este día de las honras en el túmulo y paños negros (con que la iglesia estaba enlutada) muchas enigmas, versos latinos y castellanos, artificiosos y de mucho ingenio, en que se conoce bien la fertilidad que de ellos alcanza Méjico» (pág. 122).

Aparte de los motivos declarados por Mateo Alemán como incitadores de su texto, es muy posible que no sea el menor el de dejar constancia de unos actos plenos de esplendor. Algo que bien podría deducirse de un comentario suyo al que, más allá de la tópica retórica del elogio, habría que considerar bajo el rasgo de la sinceridad:

Puedo certificar, habiendo visto las mayores grandezas de la cristiandad en tales actos y tiempos nuestros no haberle alguna excedido, y sola una igualado; digo, dándole su lugar a cada cosa, no tratando de grandeza de sujetos, concurso de príncipes, número de gente, ni riquezas; mas en su tanto cada una, la mayor de que pueden hoy deponer los nacidos, fue sola en Sevilla, en la transación de los cuerpos del Santo Rey don Fernando, Rey don Alfonso el Sabio y más personas reales, príncipes y maestre de Santiago, que se pasaron a la Capilla de los Reyes nueva de la vieja; (pág. 100)

EL RELATO DE LOS «SUCESOS»

La *relación*, que carece de marcas expresas que señalen posibles partes diferenciadas, puede dividirse, para facilitar su análisis, en dos: la que relata la llegada de fray García a América y los preliminares de su muerte y la que se ocupa de las ceremonias fúnebres. Un primer aspecto destacable en ambas partes es la precisión de la información, algo común a los dos tipos de relación, funerarias o de sucesos. Como si se tratase de un *diario*, podemos los lectores seguir los avatares de la historia narrada a través de fechas señaladas, incluso

¹⁰ Desde la perspectiva de la arquitectura y el arte debe consultarse la clásica obra de Francisco de la Maza, *Las piras funerarias en la historia y en el arte de México*, México, 1946.

con alusiones horarias. Se consigue, así, transmitir una sensación de fiabilidad que se intensifica gracias a la identificación de narrador-autor-testigo de lo relatado. Si a estas dos características –detallismo y tono testimonial– unimos que el relato se explaya en acontecimientos y situaciones muy específicas, desechando realizar un más completo retrato biográfico, podremos apreciar la singularidad de la obra de Mateo Alemán y su precisa maquinaria textual orientada a demostrar la tesis que señala en la dedicatoria: «que toda humana confianza es vana» (pág. 56) ante el destino azaroso de la vida, expresión manifiesta del «desengaño barroco». Independientemente de que Mateo Alemán hubiese escrito esta obra por otros motivos, esta tesis es la que condiciona la estructura de la obra.

No pretendió Mateo Alemán trazar la biografía de fray García Guerra, sino relatar el pesaroso destino que sobre él se gestó desde su llegada a América. La obra se inicia, en efecto, con la mención del viaje a América, sin que se ponga al lector en ningún tipo de antecedentes. Es más, y será una constante, la narración solo adquirirá minuciosidad en determinados asuntos que justifican el título de «Sucesos». En las primeras páginas podemos ver algunos ejemplos característicos de esta forma de narrar. El libro comienza de esta esquemática manera:

Habiéndose hecho a la vela, en la bahía de Cádiz, el señor Arzobispo de Méjico don fray García Guerra, jueves doce de junio de seiscientos y ocho, en conserva de sesenta y dos naves, de que vino por general don Lope Díez de Almedáriz, con favorables tiempos y vientos llegaron a surgir en el puerto de San Juan de Ulúa, martes en la tarde diez y nueve de agosto del dicho año (pág. 59)

Es posible que algunos lectores hubiesen preferido un comienzo más ameno, alguna descripción o comentario del viaje, pero no se trata de enmendar al autor sino de explicar, si es posible, el porqué de ese esquematismo. Lo que se pone de relieve en esa cita es el detallismo, tanto en las fechas como en otros datos, número de naves, nombre del general de la flota. En definitiva, domina una función informativa que en todo el texto quedará ratificada gracias al carácter testimonial que el autor se encarga de evidenciar al poner de manifiesto explícita o implícitamente su presencia como testigo de todos los acontecimientos que se relatan.

Debió resultarle fácil a Mateo Alemán conjugar el tono informativo con el conveniente elogio al arzobispo. En realidad, la recepción que se le hace hasta su llegada a México es la habitual tratándose de arzobispos y virreyes, máximas autoridades en los territorios americanos. Son ceremonias que conocemos bien a través de relaciones que enumeran sistemáticamente una serie de actos protocolarios que no variaban. A pesar de que para Mateo Alemán aquellas ceremonias

no dejaban de ser una novedad, ya que él acababa de pisar tierra americana al mismo tiempo que fray García (el azar de la vida), solo las menciona, «le tenían los naturales de la tierra hechos arcos triunfales a la usanza suya [...] de más de mitotes varios, con que le salían a cada paso» (pág. 60), sin detenerse en más explicaciones. Pronto, sin embargo, nos daremos cuenta los lectores de que Mateo Alemán, al escribir sobre la muerte del arzobispo, lo hace desde la impresión que algunos «sucesos» de los que ha sido testigo le han causado y que ahora relaciona como malos presagios de una muerte tan repentina. Como en una tragedia griega marcada por un adverso *fatum* todo va encaminado a un final desastroso. El relato se centra en estos «sucesos».

1) El primero de estos «sucesos» tiene lugar cuando fray García está a punto de llegar a México. El virrey, Luis de Velasco, sale a su encuentro en Huehuetoca, lugar escogido precisamente por el virrey con la finalidad de mostrar al nuevo arzobispo las obras de desagüe de la ciudad de México que allí se estaban realizando. Se trataba de la «Cortadura de Nochistongo», una excavación en la que en tiempos del virrey Velasco habían trabajado cerca de 130.000 indios, la empresa civil más llamativa en la época virreinal, que se retomaría en diversos momentos pero que al final resultaría inviable.¹¹ La visita a las obras parecía oportuna, dado su carácter único, del mismo modo que también podría haber sido adecuado que Mateo Alemán aprovechara la ocasión para detenerse con alguna descripción de aquellas obras. No lo hace, sin embargo, y es posible que ni siquiera las hubiera mencionado de no ser por el «suceso» que allí ocurre. Este es su relato:

Su Excelencia (el virrey) gustaba que Su Señoría (el arzobispo) se viniese por el desagüe y lo viese [...] En el camino hallaron a Enrico Martínez, maestro mayor de aquella obra, que aguardaba en el principio del tajo abierto, y desde allí fue dando cuenta, muy por menor, a Su Señoría, de aquella fábrica hasta llegar al pueblo. [...] después de haber comido salieron a ver las lumbreras del desagüe; y en un paso no dificultoso, por donde muchas veces había pasado la carroza sin algún inconveniente ni causa de peligro, se trastornó con ambos, aunque no recibieron daño de consideración (pág. 63)

A tenor del relato posterior, este «suceso» sin importancia se convierte en el primero de los presagios que culminan con la muerte del arzobispo.

¹¹ Se trataba de solucionar el problema del saneamiento de las aguas de la ciudad. Solo ya en el siglo xx se consiguió realizar el oportuno desagüe mediante tuberías subterráneas. Santonja («Un Mateo Alemán *americano*», introducción a su edición de *Sucesos, op. cit.*, págs. 9-49) comenta que se trató de una «empresa colosal (ocuparía a bastantes más de cuatrocientos mil indios)» (pág. 46).

2) Algunos días más tarde se produce su entrada en México. Es el 29 de septiembre, más de tres meses después de su llegada a América. El tiempo transcurrido y los homenajes que ha ido recibiendo en el camino son los habituales en estos casos, aunque el relato de Mateo Alemán ha sido extremadamente conciso, y solo minucioso en lo que se refiere a la mención de las personalidades que se han ido encargando de recibirle y acompañarle. La tónica será la misma al describir los actos culminantes de la llegada a México que, por otras relaciones de recepciones de arzobispos y virreyes, sabemos que eran muy ostentosos. Mateo Alemán se limita a ofrecer breves informaciones: «le tenían hecho un arco triunfal muy costoso y bien estudiado, adornado de muchas y varias historias de ingeniosa erudición» (pág. 65), referencias también a algunas representaciones relativas a las figuraciones del arco y una conclusión sobre «el muy general regocijo» (pág. 66) con que fue recibido. Más interesado se muestra en señalar el mal «suceso» que, nuevo presagio, ocurre en su entrada triunfal. Como era habitual, en la entrada de la calle de Santo Domingo se había levantado un tablado de recibimiento, y esto es lo que ocurre: «en subiendo su Señoría encima se hundió y cayó en el suelo, matando un indio que cogió debajo» (pág. 65).

3) Al siguiente «suceso» le da Alemán una mayor importancia. Apenas unos párrafos lo separan del anterior y se sitúa en un tiempo indeterminado, «Un día por la tarde» (pág. 68), que debemos ubicar entre la fecha de su toma de posesión como arzobispo (29 de septiembre de 1608) y finales de marzo de 1611, días en que llega la noticia de que el virrey Luis de Velasco ha sido ascendido a la presidencia del Consejo Real de las Indias, lo que a su vez conlleva el nombramiento de fray García Guerra como virrey. Lo que resulta interesante es que Mateo Alemán prescinde del relato de esos dos años y medio de su actividad arzobispal que queda resumida en un solo párrafo (pág. 67), con menciones genéricas a su caridad, humildad, sabiduría y templanza. El lector tiene la confirmación de que Mateo Alemán no intenta realizar una biografía de fray García, sino que es su temprana muerte, cuando ha alcanzado tan altos honores, lo que le lleva a la reflexión: sin menospreciar el homenaje póstumo de Alemán al arzobispo y virrey, la intencionalidad de la obra es otra. Pero veamos el texto del «suceso»:

viniendo Su Señoría del monasterio de Santa Mónica, ya cerca de su posada, se alborotaron las mulas que no estaban bien domadas en rodar la carroza y dieron a correr con ella desbocadamente, sin poder corregirlas el cochero ni detenerlas mucha gente que se les puso delante. Parecióle a Su Señoría que su persona corría riesgo y temiendo mayor daño eligió por el menor saltar en el suelo por uno de los estribos. Empero, no lo pudo hacer tan francamente que no cayese y recibiese pesadumbre con el golpe que dio en el suelo con

todo su cuerpo, quedando algo sentido. De ese achaque quisieron después tomarlo algunos para dar principio a sus indisposiciones (pág. 68)

Nos encontramos en las primeras páginas de la *relación* y ya se empieza a hablar de su enfermedad. La precisión temporal mostrada ya en el inicio del texto se convertirá en un elemento determinante de la narración pues, además de contribuir a la veracidad de la historia, se convierte en un símbolo de la inevitabilidad de esa muerte cercana, reloj de los días y las horas que va agotando un plazo señalado.

4) Los dos «sucesos» siguientes se enmarcan en su toma de posesión como virrey. La adversidad persigue a fray García y una especie de hado funesto le sobrevuela, algo que si en el caso de un pecador podría interpretarse como castigo divino, al tratarse de un tan virtuoso varón resulta aún más sorprendente. Es evidente que en estas cuestiones Mateo Alemán, como cualquier contemporáneo suyo, solo puede interpretarlo en clave religiosa. Se están realizando ya los preparativos para el ascenso de fray García Guerra a la dignidad de virrey y ocurre entonces un eclipse de sol,

Hubo en estas partes un eclipse de sol, el mayor que se ha visto en ellas en tiempos nuestros; y los que algo presumieron saber juzgar de sus efectos, dijeron haber comenzado su primera duración a la una y treinta y ocho minutos después de mediodía y el fin a las tres en punto, en diez y ocho grados y treinta y cinco minutos de Géminis; el cual, entre otras cosas, mostraba (según su significador que fue Mercurio) muerte de algún príncipe, y que por ser en Méjico, en casa de la religión y salir eclipsándose de la décima casa, que es de los oficios y dignidades, prometía muerte de príncipe de la Iglesia constituido en dignidad secular (pág. 70)

Pronóstico que fijaba su letal diana en un solo hombre.

5) Su entrada como virrey también se tiñe de luto, extraña reiteración de la muerte que parece querer acompañar el ascenso en dignidades de fray García: «Tenían los naturales en aquella plaza, delante de Santiago, hecho un artificio para volar desde lo más alto de un pino al suelo, y al tiempo que su Excelencia pasó en su carroza, cayó uno de ellos y se hizo pedazos» (pág. 73).

6) La serie de «sucesos» culmina de manera verdaderamente trágica dos meses después de haber jurado su cargo de virrey. Se trató de uno de los peores terremotos sufridos por la ciudad y la documentación que existe sobre el mismo ratifica la exactitud de los datos aportados por Mateo Alemán:

Viernes veinte y seis de agosto del dicho año de seiscientos y once, sería como entre las dos y las tres de la madrugada. Hubo en esta ciudad y su comarca el

mayor temblor de tierra de que se acordaron los más antiguos de ella; cayeron muchos edificios, peligraron y murieron muchas personas cogiéndolas debajo; de manera se sintió que andaban después los hombres como asombrados, y en muchos días no se trató de otra cosa (pág. 80)¹²

LA ENFERMEDAD Y LA MUERTE

Si recapitulamos sobre lo narrado hasta este momento veremos que todo se ha centrado en el ascenso de fray García a las dos máximas dignidades que se podían ejercer en la Nueva España. De manera que habría que considerar sagaz, Mateo Alemán se ha referido a los honores que como arzobispo y virrey recibe pero, solo en un párrafo, resume sus años de arzobispo. La narración se ha jalonado, sin embargo, de «sucesos», funestos presagios de su anunciada muerte. Sería como una primera etapa narrativa en la que las fiestas y las celebraciones quedan ensombrecidas por estos «sucesos», una introducción al primero de los temas importantes de la *relación*, la descripción de la enfermedad y muerte del protagonista. Además se juega con el efecto simbólico, algo que es uno de los elementos fundamentales del relato. Parece más un acierto narrativo que un escrupuloso respeto por lo sucedido realmente, la alusión a la aparición de la enfermedad. Es sospechoso que la primera referencia a la enfermedad coincida con el día siguiente a la toma de posesión del cargo de virrey, «al día siguiente se sintió con un poco de calentura y fue necesaria sangría» (pág. 80). Igualmente sospechoso resulta que la segunda mención se haga en relación al terremoto que sacude a México dos meses después. ¿Es posible que la enfermedad no hubiera dado señales con anterioridad a su ascenso a la máxima dignidad virreinal o que en esos dos meses transcurridos hasta el terremoto no se hubieran producido nuevos síntomas? Ambos acontecimientos se narran uno tras otro, sin que ese periodo de dos meses merezca una sola información. El efecto narrativo resulta así mucho más intenso dado que, sin necesidad de hacer una reflexión personal, la enumeración sin comentarios de los hechos conduce al lector hacia una interpretación simbólica: esa filosofía de justicia igualatoria que representaron las danzas de la muerte medievales se muestra en el Barroco en su filosofía del desengaño; en el fondo, una especie de consuelo al comprobar que de nada sirve el mayor éxito ante designios divinos que el hombre no puede comprender. De fracasos bien sabía Mateo Alemán y, también, de éxitos efímeros. La vida, o

¹² No deja de causar extrañeza, desde una perspectiva moral, la ausencia de comentarios ante la muerte de los indios y, ahora, después de la catástrofe del terremoto, que se sigan haciendo las fiestas programadas, tal como relata Mateo Alemán. La «normalidad» con que se relatan estos episodios invita a reflexionar sobre las diferencias ideológicas de cada época.

más bien la muerte, del arzobispo y virrey le debió parecer un ejemplo único de la futilidad de la existencia humana.

La noche del terremoto la pasó fray García «con muchas congojas y algún poco de calor demasiado» (pág. 82). A partir de este momento el relato solo trata de la enfermedad, desgranada día a día con la precisión de un notario y descrita con la minuciosidad de quien había estudiado la carrera de medicina. La enfermedad empieza a mostrar su gravedad a principios del mes de septiembre de 1611 («A los primeros días de septiembre padeció algunas destilaciones de los ojos», pág. 83) y el lector podrá seguir con detalle su avance hasta que la muerte se produce «en veinte y dos de febrero del dicho año de seiscientos y doce, a la una y tres cuartos después de medio día» (pág. 91). Este detallismo en la fechación —ya mencionado anteriormente—, que en varias ocasiones fija incluso la hora, puede apreciarse en toda la *relación*. Es una característica de las *relaciones de exequias* que en el texto de Mateo Alemán tiene una precisión no habitual; no es fácil interpretar si lo utilizó conscientemente como recurso narrativo, pero su efecto en el lector es muy visible: al limitar el relato durante varias páginas solo a la evolución de la enfermedad, se logra una intensificación de la historia aún más evidente con lo que vienen a ser una especie de partes médicos que, día a día, testifican el agravamiento. Mateo Alemán deja constancia en el texto de sus conocimientos médicos. Muestra su disconformidad con el diagnóstico que, después de la consulta a varios médicos, se adoptó finalmente. Tampoco cree acertada la intervención quirúrgica a la que sometieron al arzobispo, «No se hizo según era conveniente, porque no había de ser por entre la tercera y cuarta costilla como se hizo, sino más bajo» (pág. 89). ¿Se trataba de mostrar al lector sus conocimientos médicos? Probablemente a estas alturas de su vida ese aspecto no fuese ya relevante para él. Es posible también (siempre hipótesis razonables a partir del texto) que nadie en el ámbito cortesano y eclesial de fray García supiese que él había estudiado la carrera de medicina (y que, incluso, llegase a licenciarse aunque, en ese caso, nunca la ejerció).¹³ Su papel respecto

¹³ Santonja (*op. cit.*, pág. 12n) señala: «A la muerte de su padre Mateo abandonó los estudios de Medicina, con el primer curso recibido en Sevilla, tras graduarse en Artes y Filosofía, segundo en Salamanca y tercero y cuarto en Alcalá, de modo que llegó a licenciado, aunque nunca ejerciese». Por su parte, Fidel Sebastián («Mateo Alemán y la puntuación del *Guzmán de Alfarache*», *Lectura y signo. Revista de literatura*, 3 [2008], págs. 237-270) comenta: «Graduado de Bachiller en Artes y Teología, más tarde, a lo largo de su azarosa vida, cursó estudios de Medicina, sin llegar a licenciarse, y comenzó más tarde la licenciatura en Leyes, que también dejó sin acabar. Desde México evocará: “Yo me acuerdo aver asistido en las escuelas de Salamanca y Alcalá de Henares algunos años” (*Ortografía*, ed. de 1950, pág. 85)», pág. 242n. La cita de Sebastián se refiere a la obra de Mateo Alemán, *Ortografía castellana*, México: Jerónimo Balli, 1609, 1.^a edición; ed. de J. Rojas Garcidueñas, con «Estudio preliminar» de T. Navarro Tomás, México: Colegio de México, 1950 (reeditada en facsímil en México: Real Academia Mexicana, 1981).

a la enfermedad y muerte del arzobispo es el habitual en toda la *relación*, el de testigo privilegiado, pero cuya única intervención se limitó a llevar aquella «hacha de cera blanca» (pág. 93) como acompañante en el traslado de los sesos del finado al sagrario de la catedral el día 23 de febrero, «casi a las nueve de la noche» (pág. 93), según escribe con reiterada precisión. Si debió parecerle apropiado para la mejor descripción del proceso de la enfermedad aprovechar sus conocimientos sobre medicina. El resultado final supera con mucho el carácter informativo del texto. La técnica descripción de la enfermedad a través de una terminología que, a veces, no está al alcance del lector, pero que deja claro el proceso de degradación del cuerpo humano, contribuye de manera eficaz a afianzar el mensaje ideológico del hombre sometido por el azar y la fugacidad. Asistimos en este momento de la narración a las pinceladas más plásticas del *desengaño*, como si se tratara de una pintura barroca. La caza sangrante mostrada en las pinturas de los bodegones barrocos españoles o de la escuela flamenca, las lecciones de anatomía de Rembrandt, tienen aquí su imagen mejorada en «síncon sin putrefacción [...] la corrupción de todos los humores [...] purgas y sangrías [...] opilación en el hígado [...] inflamación [...] apostema [...] haberse corrompido por la parte interior espontáneamente aquel absceso [...] dolor de costado [...] haber corroído ya el diafragma [...]» (págs. 83-90), todo ello introducción a las descripciones culminantes de la autopsia¹⁴:

Este día miércoles, como a las ocho de la noche, abrieron el cuerpo y hallaron por la parte cóncava de la una punta del hígado cantidad como de medio huevo, por donde se aliga con las costillas, por las materias que le acudían de aquel lado ya podrido; los pulmones con algunas manchas, tan levantados, que apenas parecían caber en la caja de su asiento y el corazón muy consumido y pequeño; las costillas mendoza estaban tan podridas que se deshacían entre los dedos. Indicios todos que aunque los médicos atinaban al daño e hicieron sus posibles diligencias, por ser acaso inaudito, no visto ni oído su semejante... (pág. 92)

Luego después, jueves en la noche siguiente, por temor del mal olor, le abrieron la cabeza y le aserraron el casco a la redonda para sacarle las médulas. Fue tanta la cantidad que me pareció, si quisieran volverlas a envasar en su mismo vaso, ni en otro tanto más cupieran; fue la monstruosidad mayor que se ha visto (pág. 92)

¹⁴ En un artículo médico, L. Rodríguez-Moguel («La autopsia: la consulta final», *Revista Biomédica*, 8 [1997], pág. 176), sin citar la fuente de su información, deduce la causa de su muerte: «en la autopsia del Arzobispo y Virrey Fray García Guerra se halló un absceso hepático roto y abierto al tórax».

EL ARTE DE BIEN MORIR

En el documentado estudio de Martínez¹⁵ se destaca la importancia que a partir de la Edad Media tuvieron las *Ars moriendi* que buscaban preparar al enfermo para el trance de la muerte. En España se contabilizan un centenar de títulos publicados en los siglos XVI y XVII, a los que habría que añadir otro centenar largo de reediciones. El éxito editorial de este tipo de libros que alcanzó su cenit en la época barroca es una de las muestras más significativas del sentimiento religioso que impregnaba la vida en aquellos siglos. Concebidos estos libros como manuales de preparación para una buena muerte, eran recomendados a los fieles por las autoridades eclesiásticas, una de cuyas preocupaciones era que el clero tuviese la suficiente formación para ayudar en tan delicado momento.

Con esa exactitud fotográfica que Mateo Alemán imprimió a su relato, el momento de la muerte de fray García refleja fielmente una ideología secular que situaba a la religión como eje fundamental de la vida. Una de las características más acusadas de los *Sucesos* es su carácter religioso, en cuanto que se trata de una reflexión sobre la vida y el azar que rige nuestro destino, la fugacidad del éxito social y la muerte como única realidad inevitable y puerta de acceso a la verdadera vida eterna. El relato del episodio de la muerte del arzobispo y virrey puede considerarse austero, carente de comentarios que vayan más allá de la precisa descripción de lo ocurrido en la realidad. La escena comienza con una mención que pudiera parecer anecdótica pero que dista mucho de serlo. Ante el avance de la enfermedad, señala Mateo Alemán que «Le advirtió su médico del riesgo de su vida y mandó recibiese la extremaunción, en once de dicho mes» (pág. 90). La Iglesia insistió constantemente en la obligación de los médicos de recordar al enfermo en trance grave de enfermedad que debía confesarse y recibir la extremaunción, hasta el punto de legislar que, en el caso de que el enfermo no hiciese caso, el médico debía abstenerse de seguirle visitando, bajo pena de excomunión y multa económica.¹⁶ Las diatribas literarias contra los médicos, bien conocidas, reflejaban la poca confianza de la sociedad en su sabiduría, aspecto que, igualmente, trasmite Mateo Alemán cuando analiza el proceso de la enfermedad de fray García. Dado que no se podía esperar mucho de ellos, la Iglesia impuso toda su influencia exigiéndoles que, por lo menos, no ocultasen al enfermo su gravedad, para que de ese modo pudiese prepararse convenientemente para la muerte. Tema en el que insisten las *Ars moriendi*.

¹⁵ Fernando Martínez Gil, *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*, Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2000.

¹⁶ Desde las disposiciones de Inocencio III en 1215, muchas veces reiteradas y agravadas, cfr. Martínez, *op. cit.*, pág. 127 y sigs.

La actitud de fray García ante el aviso del médico resulta modélica: «tomó en sus manos un santo Crucifijo e hizo con él grandísimos actos y demostraciones de contrición y humildad» (pág. 90); luego, mostrará ante los acompañantes la tranquilidad de su conciencia y les pedirá sus oraciones. De manera abrupta, en pocas líneas, culmina Mateo Alemán la narración de la escena de la muerte, modo de enunciar lo inevitable: «Este día se dispuso a morir y en sí quedó muerto» (pág. 91) aunque todavía viviría diez días más.

La enfermedad y la muerte eran a principios del siglo xvii parte de una cotidianeidad que hoy resulta difícil imaginar. Encomendarse a Dios y prepararse para su Juicio era lo único factible, postura asumida por fray García Guerra. Cuando Mateo Alemán decide escribir estas honras fúnebres no lo hace a la manera del que recibe un encargo que siempre debe considerarse un honor, pero todo ello en el marco del rígido protocolo social. Él escribe desde el impacto emocional que le produce la visión de la devastación de la enfermedad, desde la constatación de lo efímero de la vida, desde la posición moral del que contempla cómo la muerte no tiene piedad ni con los más devotos ni con los que han alcanzado las más altas dignidades; en definitiva, como expresión de ese «desencanto barroco» tantas veces mencionado. La muerte triunfa y el hombre siente la atracción del abismo ante su poder. Solo cabe teñir de negro la ciudad y solemnizar su presencia. Es el momento culminante en el que el tiempo parece detenerse y toda la ciudad ha de cumplir unos ritos seculares e inamovibles.

LOS RITOS FUNERARIOS

Entramos en la que puede considerarse 2.^a parte de la *relación*, un poco más breve que la 1.^a parte, existiendo un notorio equilibrio entre ambas. El cambio de tono narrativo es llamativo ya que el catastrofismo de los «sucesos» y el descarnado realismo con que se describe la enfermedad y la autopsia creaban una fuerte tensión narrativa que ahora desaparece a favor de una serena visión de los ritos fúnebres. Ideológicamente, los ritos funerarios que honraban a las grandes dignidades representaban la aceptación del sistema social y, al mismo tiempo, eran expresión de la concepción religiosa de la vida. Pero más allá de la ideología y de la religión eran sobre todo una celebración. Puede parecer contradictorio que un acto luctuoso pueda considerarse al mismo tiempo como un acto festivo, pero eso es exactamente lo que ocurre con estas *exequias funerales* dedicadas a las altas dignidades. Aceptada la muerte desde una actitud de resignación cristiana, todos saben que es la puerta de acceso a la verdadera vida celestial. La tristeza de la despedida no impedirá, entonces, que se celebre como un triunfo la marcha definitiva de este mundo del finado. Los actos públicos funerarios son muy similares a los que se celebran para festejar la

toma de posesión de una dignidad. Incluso podría decirse que más solemnes. Cambia el tono de la festividad: las telas colgadas de las ventanas y balcones, los adornos de los edificios que en la llegada eran coloridos, en la despedida son negros, los cohetes y fuegos artificiales son sustituidos por el constante tañer de las campanas, nuevas fábricas efímeras se erigen con el mismo artificio que los arcos triunfales de la bienvenida, adecuando sus poemas, esculturas y pinturas a cada situación. Es más, si el acto procesional puede equipararse en los dos casos, las celebraciones funerarias culminan su solemnidad con algo de lo que carecen las celebraciones de bienvenida, la erección del túmulo o pira funeraria.

Este espíritu de «celebración» se aprecia en todas las *relaciones funerarias*. Siendo éstas fundamentalmente descriptivas, la procesión funeraria y el túmulo son sus partes esenciales (algunas incorporan también el *elogio fúnebre*). Sin embargo, Mateo Alemán, aunque describe las características arquitectónicas y decorativas del túmulo, no detalla las alegorías de las figuras esculpidas y pintadas y tampoco transcribe los contenidos textuales, poemas, sentencias y escritos emblemáticos. Lo habitual en las *relaciones funerarias* impresas era, además, que se incluyese una imagen dibujada del túmulo que permitiese al lector imaginar lo más fielmente posible cómo había sido en realidad. Nada de esto aparece en el libro de Mateo Alemán por la sencilla razón de que su obra, aun siguiendo en buena medida las pautas de estos textos funerarios, se escapa a su modelo ya que aspira a ser una obra de carácter distinto. La coherencia interna entre las diversas partes del libro de Alemán hacía que no fuese posible incorporar este tipo de descripciones que, en su caso, hubiera habido que considerar como desviaciones textuales, algo que no se originaba en el caso de una auténtica *relación funeraria* dada su única función informativa.

El acto más relevante de las exequias era la procesión fúnebre y es en su descripción donde hallamos semejanzas entre las diversas relaciones que no dejan de sorprendernos. La asignación del lugar que cada institución o dignidad debía ocupar en la procesión forma parte de un protocolo que observamos admite muy pocos cambios desde las *relaciones funerarias* dedicadas a los Reyes Católicos. Al pasar a América se aprecia la misma rigidez protocolaria, adaptada a las instituciones propias. Si comparamos el texto de Mateo Alemán con la *relación* de las honras fúnebres dedicadas al emperador Carlos V en Lima en 1559, que el virrey Hurtado de Mendoza envía a Felipe II (Rose, *op. cit.*) o con la más conocida, también sobre el emperador, que en el mismo año se celebró en México y escribió Cervantes de Salazar (*Túmulo imperial*), percibimos que, al margen de las diferencias derivadas del distinto desarrollo de las dos ciudades, el protocolo institucional es el mismo y que se repite a comienzos del siglo XVII en el texto de Alemán. Igualmente ocurre si la comparación la establecemos con una *relación* de 1647, *Real mausoleo y funeral pompa*, dedicada al malogrado

príncipe Baltasar Carlos (Pascual Buxó¹⁷). Casi cuatro décadas después de los funerales de fray García se seguían ejecutando los mismos ritos con una obsesiva precisión que podemos observar en algunos momentos de ambas crónicas.

Señala Alemán que se hicieron «cinco tablados o posas en la distancia del camino donde parasen el cuerpo» (pág. 101) y en la *relación* de 1647 se señala «Levantáronse cinco posas a trechos proporcionados». Compárense igualmente las siguientes citas:¹⁸

como a las tres y media de la tarde salió de palacio el entierro (pág. 103) / Serían las tres de la tarde cuando [...] se empezó a ordenar... (pág. 97)

llevaban lobs con faldas muy largas y cubiertas las cabezas con capirotos de bayeta (pág. 109) / con lobs de luto, cubiertas las cabezas y tendidas las faldas (pág. 98)

Los arcabuceros delante, a siete por hilera, y en la cuarta dos cajas destempladas cubiertas con bayetas y un pífano ronco (pág. 110) / seguían las hileras de cinco [...] destempladas las cajas, arrastrando las picas y vueltos los arcabuces (pág. 99)

Con ser llamativas estas coincidencias, muy numerosas en la utilización de las mismas palabras en las descripciones, aún más curioso resulta observar que el protocolo de estos actos se mantuvo hasta en sus mínimos detalles a lo largo del tiempo. Esta es la conclusión evidente al observar que el orden de los participantes es el mismo en las dos *relaciones*: iniciaba el desfile procesional una representación de los grupos étnicos no blancos («Delante de todo fueron las cruces de los barrios y parroquias de indios» pág. 103 / «Dando, pues, principio a este acto, iban por delante las cofradías de los negros y mulatos libres y esclavos, cada una con su estandarte; seguían las de los mexicanos, tarascos, mixtecos y otras muchas de los naturales» pág. 97). A continuación, «Los niños colegiales de San Juan de Letrán» (pág. 103) / «entraban después de ellas los niños del Colegio de San Juan de Letrán» (pág. 97). Venían luego las cofradías de los españoles (Alemán cita algunas y menciona que fueron treinta y ocho). No cita Alemán que después fueran diversos colegiales (del Seminario de San Ildefonso, del Colegio de Cristo, del Colegio Real de San Ildefonso y del Colegio de Santos) pero ambas *relaciones* coinciden en las instituciones representadas: el Hospital de

¹⁷ José Pascual Buxó, *Muerte y desengaño en la poesía novohispana (siglos XVI y XVII)*, México: UNAM, 1975, págs. 77-100.

¹⁸ Se cita en primer lugar el texto de Mateo Alemán y, a continuación, separado por / el de *Real mausoleo* de 1647. La paginación de esta última *relación* por la edición de Pascual Buxó (1975).

San Hipólito y las diversas casas religiosas que aparecen en el mismo orden: San Juan de Dios, Compañía de Jesús, Nuestra Señora de las Mercedes, Carmelitas Descalzos, San Agustín, San Francisco, descalzos de San Diego y, por último, Santo Domingo. Sin entrar en más detalles, seguían a continuación el estamento clerical, la Universidad, el Regimiento de México y autoridades de la ciudad, los contadores del Tribunal de Cuentas, la Real Audiencia, la infantería, finalizando la procesión en el caso de fray García Guerra, los criados de su casa.

Son coincidencias que encontraríamos también en la comparación de otras *relaciones* y no atribuibles a influencias textuales. Cada relator será más o menos minucioso en su descripción, pero en todos los casos ofrecieron un testimonio fiel de lo que vieron. A ese carácter de descriptores fiables de la realidad, lo que les unifica, habría que añadir en cada caso las valoraciones pertinentes. Y en el texto de Mateo Alemán hay diversos aspectos que contribuyen tanto a la consideración de la unidad de las distintas partes de la obra como respecto a su valoración literaria, cuestiones que se analizan en el siguiente apartado.

RECURSOS LITERARIOS DE LA «RELACIÓN»

Añadamos algunos aspectos complementarios del análisis realizado hasta el momento y que ponen de manifiesto la singularidad de la obra de Mateo Alemán.

1) *El papel del narrador*. Una de las características más interesantes que presenta el relato es el juego narrativo entre la 1.^a y 3.^a persona. Esta última otorga al relato su carácter básico informativo y, en cambio, la 1.^a persona se utiliza para recalcar el aspecto testimonial, enfatizar un hecho (dotándole de emotividad o intensidad) y dejar constancia del acto de la escritura. La excepcionalidad en el uso de la 1.^a persona pone de manifiesto su relevancia textual. La primera vez que aparece es después de transcurridas 15 páginas desde el inicio de la *relación*. Refiriéndose al arco triunfal con que reciben en México al arzobispo, el narrador dice: «en que pudiera bien tomar vuelo la pluma, si la ocasión y tiempo lo permitiera. Lo que de ello sentí, digo...» (pág. 75). Se pasa de manera casi inadvertida a la 1.^a persona, dotando al texto de las cualidades que se acaban de reseñar: el valor testimonial, dado que el escritor ratifica que ha estado presente en los acontecimientos que describe, singularizar un determinado episodio y lamentar no poder ofrecer una versión más amplia, tal como le gustaría hacer si no fuera porque en ese caso su relato no se acomodaría a la finalidad prevista. Interesante es especialmente esta última cuestión, por cuanto plantea algo que debe analizarse a nivel de la estructura del texto, ya que más allá del tópico del escritor que renuncia a explayarse nos encontramos ante una muestra de contención en beneficio del conjunto del relato. Esta misma situación se produce en otros dos casos, al describir la grandeza de la procesión del

entierro: «Si aquí me detuviera algo y en esta breve digresión tomare alguna licencia, no solo se me debe perdonar, mas aun merece premio mi culpa, que si ocasión se ofrece y el caso lo pide sería notable yerro dejarla» (pág. 111) y cuando, en esa misma procesión, se siente impresionado ante la soledad que transmite la presencia del caballo del arzobispo: «No sé cómo dar principio a cosa en que dudo el fin. Aquí falta el ingenio para encaminar la pluma [...]» (pág. 112) «No me alargó, no encarezco, lo que vimos digo y mi sentimiento afirmo» (pág. 114). En los otros tres casos en que aparece la 1.^a persona lo fundamental es el valor testimonial. Refiriéndose a las honras fúnebres de fray García dice: «Puedo certificar, habiendo visto las mayores grandezas de la cristiandad en tales actos [...] digo» (pág. 99). Pero el caso más significativo es cuando describe la muerte del arzobispo: quiere dejar constancia no solo de su presencia sino de un cierto papel como protagonista. Es lo que se deduce cuando relata la autopsia del finado y de cómo fueron recogidos sus sesos (las médulas) en un recipiente: «recibiolas en un lebrillejo [...] y yo con un hacha de cera blanca, las enterramos en el sagrario» (pág. 93). En este caso, la referencia personal resulta innecesaria desde el punto de vista informativo, pero en cambio remarca el carácter testimonial de todo el texto. Algo similar se observa en su referencia a la cama del que acaba de morir: «Estuvo en ella hasta la noche, que (como dije) le abrieron y embalsamaron el cuerpo» (pág. 93).

2) *Referencias intertextuales*. Se trata de una serie de analogías que se encuentran en cada una de las partes del libro (en la *relación de exequias* y en la *oración fúnebre*). Tienen la función de afianzar la estructura unitaria de estas dos partes y, además, desde una perspectiva ideológica se utilizan para ejemplificar aspectos simbólicos. Cuando el lector llega a la *oración fúnebre* observará numerosas alusiones a acontecimientos biográficos de fray García ya relatados en la 1.^a parte. Además, se presentan una serie de paralelismos que enfrentan simbólicamente los conceptos de vida y muerte. Así, por ejemplo, el primer personaje que recibe a fray García en América es el canónigo Antonio de Salazar, comisionado por el Cabildo catedralicio de México para tal fin. Es el mismo canónigo quien se encarga por parte del mismo Cabildo de organizar sus funerales. No deja de ser interesante observar que es el primer y último personaje mencionado en la *relación*. Otro ejemplo: al tomar posesión de su arzobispado en México se alude al altar mayor de la catedral, lugar en el que le juran obediencia las autoridades eclesiásticas. Mateo Alemán aprovecha la ocasión para anticipar algo: «en el mismo lugar que le abrieron después la sepultura» (pág. 66). En esta misma línea de reflexión sobre la vida y la muerte se sitúa el tema del recibimiento como arzobispo y virrey y el entierro, comparándose los numerosos actos de celebración. Un caso, por último, especialmente significativo es la alusión a la presencia del caballo en la procesión funeraria (el mismo caballo en el que ha hecho fray García su entrada en la ciudad como

virrey): «Todo él nos iba provocando a tristeza, incitando a pena, pregonando a memoria y consideración de la muerte, las vanas glorias del mundo y trágico fin de ellas» (pág. 113). Ideas que como en un estribillo musical reaparecen una y otra vez en la obra para recordarnos el tema principal de la misma. Mateo Alemán singulariza en él todo el simbolismo ideológico del que quiere dotar a su *relación*: la minuciosa descripción de su paso (cubierto de telas negras, personas que le acompañan, la supuesta actitud de tristeza que muestra) se enriquece con referencias librescas (menciones a diversos caballos en situaciones parecidas) insistiendo siempre en el simbolismo de la feliz entrada llevando al nuevo virrey y la soledad de su despedida en el cortejo fúnebre:

pareció (si se pudiera decir sin absurdo) que consideraba el día que tan lozano, tan bien enjaezado, entró en él triunfando su amo, y como tan en breve lo llevan a enterrar, desposeído de toda grandeza, y él tan cargado de luto, despalmado y triste; y como el paradero de los carros de la vida es en la muerte (pág. 114)¹⁹

3) *Aspectos estilísticos*. Añadamos también la voluntad de estilo que muestra en su texto Mateo Alemán, aún más visible en la siguiente y última parte de la obra, la *oración fúnebre*. Es cierto que estas descripciones procesionales invitaban a sus autores a la introducción de recursos propios de la literatura tendentes al embellecimiento. Sin embargo, en la mayoría de los casos sus autores son escribanos, cronistas o escritores marginales desde la perspectiva literaria. No debe suponer, pues, una sorpresa que tratándose de Mateo Alemán el texto se «adorne» literariamente, en un intento de que la palabra refleje fielmente la natural suntuosidad de lo descrito:

cubierto con un costoso paño de terciopelo negro con caireles y borlas de oro y seda negra [...] la casulla de tafetán morado de Castilla, guarnecida con oro. Tenía calzados unos guantes, labrados de aguja de seda morada y oro [...] y un pectoral de reliquias guarnecido, de manos de monjas, con aljófara y perlas (pág. 95)

Profusa enumeración, acompañada de una adjetivación conveniente que tiene la capacidad de describir el ornato de la procesión y que acerca al propio texto a esa suntuosidad que describe.

¹⁹ Es posible que la presencia del caballo del finado en la procesión fúnebre fuese un elemento efectista utilizado en algunas exequias. De hecho, es curioso que en una *relación fúnebre* borgoñesa de principios del siglo XVI se mencione también la presencia del caballo (en las exequias de Felipe el Hermoso), (Ruiz García, *op. cit.*).

LA ORACIÓN FÚNEBRE

Hasta ahora hemos visto la que podría considerarse primera parte del libro, una *relación de exequias* que adopta el formato de *relación de sucesos* en su 1.^a mitad, ocupando en el conjunto del libro dos tercios. El último tercio está dedicado a una *oración fúnebre*, género bien definido en las celebraciones funerarias. La *oración fúnebre* era habitualmente un sermón que, en el marco de las honras fúnebres, se le dedicaba al fallecido. Lo normal es que en las *relaciones*, cuando se incluye la *oración fúnebre*, ésta sea la que se ha leído en el momento protocolario oportuno. De hecho, Mateo Alemán alude a la oración fúnebre que se leyó en las exequias de fray García: «Díjose una muy solemne vigilia y, acabada, dio principio el doctor Pedro Martínez a una oración fúnebre que hizo en lengua latina» (pág. 119). Pero recordemos que Mateo Alemán no escribe la *relación de exequias* que pudiera considerarse oficial, obra de encargo, sino un homenaje personal, fruto del impacto que en él causa la muerte de fray García, (a juzgar por la premura con que la escribe) y, desde esta perspectiva, hay que considerar su *oración fúnebre*. Mateo Alemán podía haber escogido escribir una *oración fúnebre* que fuese un texto independiente en el conjunto del libro, es decir, una *oración* que cumpliera con los requisitos propios de su destino como texto escrito para ser leído en las honras fúnebres, aunque tal función no se llegase a producir. Lo que hizo, en cambio, fue escribir un texto que se constituye en una segunda parte del libro, que pierde su aparente carácter independiente y que utiliza los recursos propios del género para culminar el libro de manera que puede calificarse de apoteósica.

Entre la *oración fúnebre* y la *relación* que la antecede existen una serie de nexos que le dan un carácter especial. No me refiero a una identidad temática, algo que no podía ser de otra manera. Se trata de alusiones que se hacen al texto de la *relación* que queda situada, en consecuencia, como referente previo de la *oración fúnebre*. El caso más evidente es cuando se señala «Fue tan humilde religioso que, como vimos cuando falleció» (pág. 144), lo que indica que la *oración* se escribe como texto que continúa la *relación* anterior, algo comprobable en el recordatorio que se hace a los «sucesos» y en la rememoración de la enfermedad del arzobispo. El análisis de la *oración fúnebre* de Mateo Alemán debe hacerse desde esa consideración de ser parte de un todo (no podría editarse, por ejemplo, de manera independiente), sin que por ello la exégesis textual olvide que está escrita siguiendo las pautas de un modelo preestablecido. Como estudia Francis Cerdan²⁰ se trata de un discurso de tipo panegírico tan antiguo

²⁰ Francis Cerdan, «La oración fúnebre del Siglo de Oro. Entre sermón evangélico y panegírico poético sobre fondo de teatro», *Criticón* (Toulouse), 1985, págs. 78-102.

como la Humanidad y del que existen modelos consolidados desde la cultura grecolatina. Con numerosas muestras en los siglos *xvi* y *xvii*²¹, se convirtió en vehículo literario apropiado para la expresión del «desengaño barroco». Aunque Mateo Alemán realiza aportaciones propias, sigue las dos partes básicas de la *oración fúnebre*: una parte didáctica o doctrinal en la que «el primer tema que se impone es el de la universalidad de la muerte» (Cerdan, *op. cit.*, pág. 86) y otra parte de carácter panegírico, «la *laudatio funebris*, al exaltar las virtudes del difunto» (*ibid.*).²²

La *oración fúnebre* que escribe Mateo Alemán es un texto que debe ser analizado en el marco de la Oratoria y, en consecuencia, caracterizado por una tradición retórica muy asentada. Su solemnidad, su discurso «elevado», la brillantez de sus imágenes y la solidez de su estructura convierten a esta *oración* en el colofón perfecto con el que el escritor ponía fin a su libro.

Respeta fielmente Mateo Alemán en la 1.^a parte de su *oración* el habitual canto a la universalidad de la muerte. El escritor se transforma en orador que desde el púlpito lanza su discurso y el lector, en consecuencia, debe aceptar la simulación de ser el fiel oyente que asistiese, de nuevo, a las honras fúnebres del arzobispo y virrey. Al revés de lo que ocurría en la *relación*, narrada habitualmente desde la 3.^a persona, ahora el sujeto de la enunciación es una 1.^a persona que se identifica con el autor, «Desiertos veo los caminos» (pág. 158), y que suele implicar al lector mediante la utilización de la 1.^a persona del plural: «Ya no lo vemos a donde y como solía» (pág. 158). El carácter retórico de la *oración fúnebre* se adaptaba bien al uso de la 1.^a persona, ya que ésta facilitaba el tono declamativo propio de este tipo de textos.

El discurso desarrolla un único tema, expuesto en más de diez páginas (un tercio de la *oración*): el hombre debe aceptar la llegada de la muerte, modo de alcanzar la vida eterna que promete la religión. Utilizando los recursos propios de la oratoria de la época (interjecciones y preguntas retóricas, enumeraciones e imágenes efectistas) esta idea se desarrolla a través de un plan muy estructurado, con el apoyo de tres tipos de fuentes: la Biblia, los padres de la Iglesia y las autoridades clásicas. El número de referencias es notable, ya que son veintisiete, siguiendo un orden argumentativo: la vida como algo transitorio y etapa de pesares, «el santo viejo Simeón [...] quiso decir que tendremos verdadera salud y paz cuando de los trabajos, tormentas y naufragios de la vida,

²¹ Cerdan (*op. cit.*, pág. 80) manifiesta haber localizado cerca de 500 *oraciones* impresas en el siglo *xvii* y calcula que ese número podría cuadruplicarse.

²² Véanse ejemplos en Andrés Soria, «Una antología de sermones fúnebres a Felipe II», en *Homenaje al Profesor D. Emilio Alarcos García*, Valladolid, t. II, 1967, págs. 455-482. Aunque posterior a Mateo Alemán, es conveniente recordar al gran orador fray Hortensio Paravicino que, al igual que en sus famosos *sermones*, también introdujo novedades en las *oraciones fúnebres*.

saliéramos al puerto de la eterna. Por eso nos advierte Jeremías que no se lloren los muertos y dice: Llorad a los que nacen, los muertos mueren para vivir y los que nacen es para morir» (pág. 127); además, ya los autores paganos de la Antigüedad entendieron que la muerte establecía una justicia igualatoria y que formaba parte de un ciclo que la Naturaleza establecía y que había que aceptar. Más aún, entonces, los cristianos deben ver con buenos ojos a quien les libera de tantas penalidades y les abre las puertas a la verdadera vida, «Mala será la muerte del que tuvo mala vida, sus obras le irán siguiendo y no se podrá llamar vida la que no se dispuso para la eterna» (pág. 138). Sin embargo, concluye, a aquellos que han sido devotos como fray Guerra les espera un mundo de gloria. Con esta mención al arzobispo concluye esta primera parte de la *oración*. En las dos citas siguientes se puede apreciar el tono de elocuencia que Mateo Alemán empleó. La primera se corresponde con el inicio de la *oración* y la siguiente pertenece a la parte central:

¡Oh temor natural de la muerte! ¡Oh muerte, forzoso paso para eterna vida!
¡Oh eterna vida, sin temor de la muerte! ¡Oh muerte, vida mortal, que no eres vida, pues pasas como humo de la vela y nunca en un estado permaneces!
(pág. 125)

Dime, ¿quién fuiste, hombre?, nada. ¿Quién eres, hombre?, soy hombre.
¿Quién serás, hombre?, gusanos. ¿Y qué los gusanos?, tierra. Dime pues, principio de nada que tu fin ha de ser la tierra, el tiempo que fuiste hombre ¿qué te pasó en aquel medio?, vime anegado en un mar de lágrimas, fui un hospital de varias enfermedades [...] (pág. 135)

La 2.^a parte de la *oración* se ocupa, como era de rigor, del panegírico del difunto. Da la impresión de que Mateo Alemán cumple simplemente con un requisito y que evita alargarse en una parte que no deja de resultar ajena a su interés global en el libro por el tema del «desengaño barroco». La biografía de fray García queda muy desdibujada, limitada sólo a sus años americanos. Se exaltan las cualidades virtuosas del arzobispo (su fugaz paso como virrey ni se menciona), su religiosidad, espíritu de sacrificio, caridad con los pobres, austeridad y rectitud, pero todo ello dicho de manera general. Apenas algunos aspectos concretos consiguen llamar la atención; entre ellos, dos resultan significativos para el lector actual y muestran, además, las variaciones ideológicas que se producen con el paso del tiempo. Virtud le parece a Mateo Alemán que «ni consintió, en los principios de su arzobispado, que alguna mujer le hablase, hasta que le obligaron a ello, para la buena expedición de negocios, informándole haber sido costumbre antigua, loable y necesaria, el darles audiencia» (pág. 139). La evidente misoginia del arzobispo no nos extraña, pues este tipo de posturas

extremas se repetían en las biografías de los hombres de Iglesia más señalados (y podemos recordar la figura del también arzobispo y virrey de México, Francisco de Aguiar y Seijas que, al finalizar el siglo, era ensalzado por su biógrafo José de Lezamis en términos mucho más contundentes en su relación con las mujeres²³). Lo que sorprende es que Mateo Alemán lo considera una de sus virtudes.²⁴ También virtud se considera el riguroso control al que somete a sus criados, algo que hoy más bien consideraríamos en el apartado de las obsesiones: «Celó de tal manera su casa que mandaba cerrar las puertas poco después del sol puesto y el criado que no estaba recogido se quedaba fuera de casa y el día siguiente le reprehendía con severidad y aspereza. Visitaba los aposentos a deshoras de la noche para ver en que se ocupaban y como vivían; [...] requería las puertas de la calle y examinaba las llaves de la casa para entender si de noche salían o entraban o se abrían después de haber cerrado» (pág. 139).

La 3.^a y última parte de la *oración* vuelve a adquirir el tono elocuente del comienzo. Nuevamente las reflexiones filosóficas sobre la muerte se imponen, pero no como en la primera parte, en la que se formulaban desde una perspectiva genérica, sino como compendio final que se ejemplifica en la muerte del arzobispo. «Pasóse como un viento su vida» (pág. 149) comienza esta parte y, enseguida, se dice «Farsa es la vida del hombre, teatro es el mundo» (pág. 149) y se da comienzo a una enumeración paralela entre los malos sucesos que parecían anunciar el final de fray García y la muerte que queda descrita en variadas imágenes que buscan el impacto sensorial. En esta parte final es donde apreciamos mejor la unidad del libro: los «sucesos» iniciales anuncian la llegada de la muerte, su esplendor en la procesión funeraria, para después confirmar su poder universal y terminar recordando nuevamente la muerte del arzobispo. Pero, ahora, el final debe ser apoteósico, una última explosión de imágenes audaces que nos recuerdan que la muerte de fray García es el espejo en el que el hombre ha de mirarse para comprobar su fragilidad. La retórica funciona aquí como elemento necesario para crear una ambientación acorde con este canto final a la muerte. Se buscan nuevas imágenes para ideas tópicas, como cuando señala Mateo Alemán que el arzobispo «Entró en el vestuario de la muerte, desnudóse los adornos y ropajes [...] volvió a tomar el vestido de su misma naturaleza, gusanos, polvo y nada, quedando

²³ No es homologable, sin embargo, el riguroso ascetismo de Aguiar con el de fray García. Aguiar prohibió todo tipo de espectáculos –teatro o corridas de toros– y, en cambio, en el texto de Mateo Alemán queda demostrada la afición de fray García por los festejos.

²⁴ Fray Luis de Granada en *Del símbolo de la fe* comenta que es Dios quien infunde el alma en el cuerpo cuando este se encuentra ya formado en la etapa de gestación, y señala: «Y tiénese que el cuerpo del varón a los cuarenta días después de su concepción es organizado, y el de la mujer a los sesenta» (Martínez, *op. cit.*, pág. 108). Los resabios misóginos venían de muy atrás y es frecuente encontrar citados textos de San Pablo como justificación del papel marginal de la mujer en los siglos XVI y XVII.

igual en todo con todos» (pág. 150), y se extrema la adjetivación en busca del efectismo sensorial: «Apenas había comenzado a romper el alba de su clara doctrina [...] cuando el oscuro nublado de la caliginosa y negra muerte nos lo dejó cubierto con sus tristes y espesas tinieblas» (pág. 151). Uno a uno se recordarán los malos presagios para insistir una y otra vez en las mismas ideas, actualizadas ahora con imágenes cada vez más extremas: «Páreceme haber sido desengañarnos que aquí nada es permanente, seguro ni fijo, y una hambre cruel con que la tierra pedía el bocado de mayor importancia con que pudiera henchir su vientre» (pág. 152), dice refiriéndose al terremoto. El tono es cada vez más apocalíptico, a través de un «yo» narrativo que se implica en el relato, «Destruyéronse mis caminos, mis desdichas me acecharon» (pág. 154), que se trasforma simbólicamente, «No me llaméis ya Noemí, llamareisme desdichada» (pág. 155).

Es esta parte final la síntesis del «desconsuelo barroco», en la que Mateo Alemán se aleja del concepto religioso de la muerte como «salvación» y acceso a la «nueva vida» y se limita a presentar su imagen más destructiva: «Veis pues [...] que no se pudo librar de la muerte [...] Ya están rotas y deshechas las ruedas de aquel reloj» (pág. 156), finalizando con dos imágenes alegóricas, la primera sobre el concepto de la muerte como igualadora, a través de la recreación del episodio bíblico de la estatua con pies de barro²⁵, y con la que el libro termina, la comparación entre Moisés rompiendo las tablas de la ley al ver que los israelitas han construido un becerro de oro y esa muerte del arzobispo representada por una imagen que tanto debió impactar en Mateo Alemán y que ya ha descrito al hablar de la autopsia del cadáver de fray García, solo que ahora todo se destruye como castigo divino a unos hombres pecadores que también crean sus becerros de oro. Este es el impresionante final del libro:

Enojóse Dios contra nosotros [...] Dio con las tablas en el pie del monte. Allí están hechas pedazos en la peana del altar mayor. Saltaron las médulas de la cabeza por una parte, los despojos interiores de su cuerpo a otra, los huesos a España, los gusanos aquí se apoderan de la carne y su alma dichosa subió a gozar de gloria eterna (pág. 160)

LOS «SUCESOS» COMO TESTIMONIO BIOGRÁFICO

¿Qué le llevó a Mateo Alemán a escribir esta obra? Los motivos declarados en la Dedicatoria del libro a Antonio de Salazar son muy precisos y

²⁵ C. Javier Núñez («Los *Sucesos* de Mateo Alemán ¿historia o tragedia?», *Anales de Literatura Hispanoamericana*, IV, 5 [1976], págs. 49-61) identifica la fuente bíblica y realiza un análisis en relación con el concepto de «tragedia».

parecen los fundamentales, al margen de otros que podamos conjeturar y que podrían deberse a intereses personales. El motivo señalado directamente es de tipo moral, una reflexión en torno a la fugacidad de la vida, asunto que, de manera explícita, había conformado la conciencia colectiva desde la Edad Media y que alcanza en la época barroca una escenografía llamativa. Señala Mateo Alemán que

la ocasión de un príncipe tan gran letrado, rico, poderoso, afable, bien quisto, y en el medio de sus días, de donde lo arrebató la muerte [...] me obligó a desenterrarlo y ponerlo a los ojos del mundo, para que consideren todos en él, desde la más levantada cabeza hasta los más humildes pies de sirvientes, que toda humana confianza es vana (pág. 56)

Pero hay también un segundo motivo expreso, que no desaparezca en el olvido la preclara vida de fray García, algo que Mateo Alemán presenta no como la necesidad renacentista del ensalzamiento a través de una fama que perdura en el tiempo, sino como medio de combatir la miserable condición humana:

considerar que como el cuerpo se iba helando hacían lo mismo las más fervorosas lisonjas de los que le adulaban, que aquéllos mismos, con el mal olor de la corrupción del cuerpo huyeron de él, y apenas estaba en el sepulcro cuando lo cubrieron de olvido (pág. 56)

No son estas dos razones meramente protocolarias, expresión de tópicos. No es un detalle menor la urgencia con que escribió este texto, puesto que la muerte del virrey tuvo lugar el 22 de febrero de 1612 y las ceremonias fúnebres que describe en el libro finalizaron a mediados del mes de marzo; pues bien, la licencia que emite Diego de Santistevan para que se imprima el libro tiene fecha de 10 de mayo de ese mismo año, lo que indica que Mateo Alemán tuvo que escribir la obra en un tiempo brevísimo y, probablemente, en el transcurso de los actos funerarios. ¿Por qué esta urgencia? La ausencia de datos biográficos de su etapa americana hace difícil la interpretación. La presumible relación personal con el arzobispo parece propicia para pensar en una situación privilegiada del escritor y el texto respondería a un sentimiento verdadero de gratitud ante los supuestos favores. Tampoco sería desechable la posibilidad de que el libro le fuese útil para sus aspiraciones y, en este sentido, el que se lo dedique al canónigo Antonio de Salazar, administrador general de la economía de la Iglesia mexicana, podría ser indicativo. Lo que sí es cierto es que quedó impresionado por la muerte del arzobispo como expresión del azar que rige la vida humana, algo que conectaba muy bien con su *Guzmán* y, también, con su *Vida de San Antonio de Padua*. Fuese esta u otra la causa que le llevó a escribir los *Sucesos*

con la premura que lo hizo, cuidó hasta el detalle –como era habitual en él– la edición de la obra.²⁶

La vida de Mateo Alemán en México apenas es conocida y aunque los *Sucesos de fray García Guerra* no aportan ninguna información concreta al respecto, es posible que nos ayuden a interpretar su estado de ánimo en el momento de su escritura y, en ese sentido, sí pueden tener un valor biográfico. Uno de los pocos críticos que ha estudiado su peripecia americana, Leonard²⁷, intentó suplir con voluntarismo la ausencia de documentación y esbozar unas hipótesis que, de momento, no han podido probarse²⁸. Señala Leonard (*ibid.*, pág. 366) refiriéndose a la etapa americana que «Lo poco que del resto de la vida del novelista se sabe se desprende en un todo de su obra: *Sucesos...*». Es evidente su cercanía al arzobispo como se deduce de su presencia confirmada en la autopsia, al igual que su testimonio tan directo del proceso de la enfermedad invita a pensar en que fue testigo de los episodios que narra (a pesar de que no existe la confirmación que otorgaría la utilización de la 1.^a persona narrativa). Por otro lado, su papel en el relato de la llegada del arzobispo a México, desde el desembarco en tierras americanas, es solo el de un espectador que acompaña a la comitiva. Tampoco ocupa ningún lugar en la procesión fúnebre: nuevamente su punto de vista narrativo es el de un espectador que observa el paso de la misma y ni se incluye en el grupo de criados del arzobispo ni en ningún otro grupo social (lo que parece excluir una posición relevante en cualquiera de los

²⁶ Mateo Alemán fue uno de los escasos escritores del Siglo de Oro preocupados hasta el detalle en el cuidado editorial de sus obras en lo que afectaba a la corrección ortográfica, eliminación de erratas y, de modo particular, a la puntuación, aspecto especialmente descuidado en la época. Así se observa, por ejemplo, en la primera reedición del *Guzmán*, con cerca de 400 cambios que irían aumentando en las posteriores ediciones autorizadas por el autor (Sebastián, *op. cit.*, pág. 243). Esta preocupación por la corrección textual culminó con la publicación, ya en México, de su *Ortografía castellana* (1609), un opúsculo poco difundido (véase la edición de Tomás Navarro Tomás citada en la nota 13), pero estudiado y valorado en nuestra época por sus novedosas aportaciones. Los *Sucesos* tienen la singularidad de estar redactados conforme a las normas ortográficas expuestas en su *Ortografía* (en la que ya ofrecía un ejemplo práctico al final de la obra. Cfr. Sebastián, *ibid.*, pág. 240). De la importancia que Mateo Alemán daba al cuidado de sus ediciones (en 1600, y durante unos meses, Mateo Alemán ejerció de impresor en su propia casa [*ibid.*, pág. 239n]) y que afecta a cierto detalle singular en los *Sucesos* da fe el siguiente dato aportado por Alice H. Bushee, en su edición de la obra de Alemán («The *Sucesos* of Mateo Alemán», *Revue Hispanique*, XXV [1911], págs. 357-457) y R. Foulché-Delbosc («Bibliographie de Mateo Alemán», *Revue Hispanique*, XLII [1918], págs. 481-556): Mateo Alemán autorizaba la edición de sus obras mediante la impresión en ellas de un retrato suyo. El original era un grabado en cobre, del que obtuvo una copia en madera y ambos pasaron con él a América. La singularidad es que el grabado en cobre sólo fue utilizado en dos ocasiones: en la edición *princeps* del *Guzmán* y en los *Sucesos*.

²⁷ Irving A. Leonard, «Mateo Alemán en México (un documento)», *Thesaurus*, tomo V, núms. 1, 2 y 3 (1949), págs. 356-371. (También disponible en www).

²⁸ Leonard (*op. cit.*) sólo aporta un documento que hace referencia a una casa alquilada en México por Mateo Alemán en 1609. Aparte de su carácter curioso, el documento no añade otra información útil para la biografía del escritor.

estamentos sociales). Es posible –y hasta resulta lógico pensarlo– que contase con el apoyo de fray García, por la simple razón de que Mateo Alemán era en el momento de su embarque para América un escritor famosísimo por el éxito de su *Guzmán* (llegó a superar en ventas al *Quijote*)²⁹, cuestión que no es ajena a sus planteamientos americanistas como se deduce de la argumentación que emplea en su solicitud de permiso para el viaje:

habiendo gastado la mayor parte de su vida en estudio y lectura de letras humanas y escrito algunos libros, se halla al presente desacomodado y con deseo de proseguir su servicio en las Indias donde los virreyes y personas que gobiernan tienen necesidad de personas de suficiencia.³⁰

Que Mateo Alemán intentase conseguir el apoyo del arzobispo y que éste viese con buenos ojos al escritor parece lógico, pero el caso es que Mateo Alemán no hace la más mínima indicación al respecto. Deducir, como hace Leonard (*op. cit.*, pág. 363) que «sin duda rodó con suerte al ganar la protección del Arzobispo» es, aunque factible, una hipótesis no apoyada en documentación, lo que puede contribuir a crear una imagen novelada del escritor, algo que se incrementa con las referencias que Leonard (*ibid.*) hace al supuesto primo de Alemán que había residido en México: «posiblemente también obtuvo suficientes medios de subsistencia con los bienes del difunto Alonso Alemán»³¹. Lamentablemente carecemos de datos de su vida en México y tampoco sabemos ni la fecha de su muerte ni el lugar en que ésta tuvo lugar.³²

²⁹ Al nivel de anécdota, anotar el percance que sufrió Mateo Alemán al desembarcar. Se le requisa un ejemplar del *Quijote*, que le es devuelto gracias a la intervención de fray García. Información y documentación al respecto en Germán Bleiberg, «Nuevos datos biográficos de Mateo Alemán», en *Actas del segundo Congreso Internacional de Hispanistas en Nijmegen*, Instituto español de la Universidad de Nimega, 1967, págs. 25-50. (También disponible en www).

³⁰ El texto de la petición de Mateo Alemán, citado por Leonard (*op. cit.*, pág. 357) es reproducido por Dorothy Schons en su *Notes from Spanish Archives, Book I* (1946), fuente utilizada comúnmente por los biógrafos de Mateo Alemán.

³¹ En la petición antes aludida de Mateo Alemán, éste añade que «por que a esto se junta tener primo hermano muy rico en las minas de San Luis de Nueva España que le ha enviado a llamar» (Leonard, *op. cit.*, pág. 357). La información documental de este probable pariente procede, como la mayoría de los documentos sobre Mateo Alemán, de los excelentes trabajos de Francisco Rodríguez Marín, *Discursos leídos ante la Real Academia Española* (Sevilla, 1907) y *Documentos referidos a Mateo Alemán y a sus deudos más cercanos (1546-1607)* (Madrid, 1933). Leonard (*op. cit.*, págs. 358-359) documenta valiosa información sobre Alonso Alemán, que había ocupado varias cátedras de Leyes en la Universidad de México y que había fallecido en 1605, algo que no menciona Mateo Alemán en su petición, bien porque no lo supiera o, como sospecha Leonard, ocultando el dato intencionadamente. También Santonja (*op. cit.*, pág. 29) alude a la buena posición de Alonso Alemán.

³² La última noticia que se tiene de él es que en 1615 residía en una localidad cercana a México, Chalco. Tal información procede del erudito José Toribio Medina, en su libro *La imprenta en México*

Si bien los *Sucesos* no aportan datos sobre la vida de Alemán en México, sí pueden ser útiles para apreciar la evolución de su pensamiento en los años americanos. Mucha razón tiene Leonard (*op. cit.*, pág. 366) cuando dice que «En cierto sentido esta obra, última que de él conocemos, es una especie de testamento literario, que pone de manifiesto el desencanto de su autor por las cosas terrenas». En el mismo sentido se expresa Santonja (*op. cit.*, pág. 41): «para los efectos, los funerales que en los *Sucesos* se cuentan también resultaron, de alguna manera, los suyos, y no sólo por cuanto se refiere a las circunstancias de la humana consumación de ambos personajes, sino especialmente por concurrir en tan breve librito la más ajustada síntesis del sentir desengañado y el negro pesimismo de Mateo Alemán. Vengo a sostener con esto que las páginas en cuestión están colocadas un tanto en la senda de una especie de impremeditado testamento ideológico, condición que les carga de interés». Ese desengaño y pesimismo lo había mostrado Mateo Alemán en su *Guzmán* y en el conjunto de sus textos. ¿Fruto de una concepción vital o consecuencia de su azarosa existencia? De ahí que resultaría muy interesante poder conocer su experiencia americana. La existencia de Mateo Alemán había sido lo suficientemente ajetreada como para justificar su pesimismo, más allá de la probable tendencia de su carácter a ver la vida a través de su lado más oscuro. Que se decidiese a sus 61 años a pasar a América no pudo ser una decisión fácil y ese hallarse «al presente desacomodado» es una expresión que suaviza las dificultades por las que estaba pasando. No habían transcurrido ni siquiera cuatro años de su llegada a América cuando comprueba que ese honorable hombre con el que había compartido el viaje, al que el destino había favorecido con las dos más altas dignidades que, raramente, podían concitarse en la misma persona, ese mismo destino, de pronto vuelto esquivo, cambia de signo y todo lo derrumba. Mateo Alemán debió pensar que aquella adversidad que le empezó a perseguir desde que tuvo que abandonar su cargo de contador a consecuencia de sus investigaciones sobre las minas de Almadén³³, no era sólo un accidente personal, sino que formaba

(1539-1821), II, Santiago de Chile, 1909, pág. 43. Medina no aporta prueba documental ni indicaciones de dónde obtuvo esa información. En todas las biografías sobre Mateo Alemán se utiliza este dato, a falta de otro mejor, y dada la respetabilidad académica de Medina.

³³ En 1582 obtiene Mateo Alemán el puesto de Juez de Comisión de la Contaduría Mayor de Cuentas del Reino. En Enrique Miralles («Introducción» a la edición de *Guzmán de Alfarache*, Barcelona: PPU, 1988, pág. X) puede comprobarse su rectitud de juicio que le lleva en 1583 por algunos días a la cárcel (por segunda vez) al excederse probablemente en su autoridad como juez. Sin embargo, este incidente no pesó negativamente en su expediente ya que en 1585 asciende a la categoría de Contador de Resultas. Tampoco parece que le hubiera ido mal en los negocios en que se había embarcado hasta 1582, a pesar de que pasaría gran parte del año 1581 en prisión a causa de una deuda a la que no pudo hacer frente. En el nuevo cargo todo parece irle bien hasta el año 1593 (lo que contradice esa visión de la vida de Mateo Alemán en la indigencia que algunos biógrafos han recreado), año en que se le encarga un informe sobre las minas de azogue de Almadén. La corrupción que encuentra y el maltrato que reciben

parte consustancial de la vida misma, tan sujeta al azar. Para Mateo Alemán, a quien la fortuna le había resultado tan esquiva, la muerte de fray García debió servir, de alguna manera, de consuelo: si con un hombre tan recto y lleno de cualidades jugaba el azar de manera tan injusta en apariencia, él podía consolarse en su poca suerte. Pero más que sentirse de alguna manera reconfortado al ver que las desgracias también las repartía el destino de manera tan aleatoria que alcanzaban de forma tan aparentemente injusta a varones tan altos y devotos, tal vez comprendió que la muerte de fray García era el ejemplo máximo de una concepción filosófica de la vida cuyo norte era el «desengaño» que tantas veces había podido comprobar.³⁴ De ahí el impulso repentino que le lleva a escribir los *Sucesos* que, lejos del panegírico, se erigen en resumen ideológico y testamento literario de uno de los escritores más significativos de nuestro Siglo de Oro, perdido su rastro –como si ya nada tuviese que decir– en unas tierras americanas en las que tal vez hubiera puesto sus últimas esperanzas.³⁵

los galeotes (que optaban a ese trabajo sustitutorio de ir a galeras) le ocasiona graves enfrentamientos con los responsables de las minas que consiguen paralizar la investigación (para el tema de las minas de Almadén consúltese el definitivo trabajo de Bleiberg, *El «informe secreto» de Mateo Alemán sobre el trabajo forzoso en las minas de Almadén*, London: Tamesis Books, 1985 [inicialmente en *Estudios de Historia Social*, 23 (julio-dic. 1977), págs. 357-443 (el informe, págs. 372-443)], también disponible en www). No sabemos la fecha en que perdió su trabajo de contador, pero en 1597 ya no lo era (diversas cartas entre 1594 y 1597 muestran su frustración y pesimismo –mencionadas por Miralles [op. cit., págs. XIII-XV]–).

³⁴ El éxito de su *Guzmán*, al ser publicado en 1599, no tuvo el consecuente beneficio económico con que las leyes le protegían. Las ediciones fraudulentas se multiplicaron y el dinero terminó en bolsillos ajenos. Además, los negocios en que siempre estuvo embarcado tampoco llegaron a buen puerto y en 1602 se vio de nuevo, por algunos meses, en la cárcel por no poder saldar sus deudas. No es extraño que volviese a buscar una solución en América, tal como había intentado en 1582. Santonja (op. cit., págs. 15-19) cree que sus antepasados judíos, que intenta disimular a través de otros parientes más limpios de sangre, hicieron que su expediente no alcanzase el éxito. Más suerte tuvo en esta segunda ocasión, pero a cambio de lo que parece un soborno al secretario del Consejo de Indias, don Pedro de Ledesma, a quien cede «un magnífico solar [...] unas casas» y la cesión de los derechos de edición de la 2.^a parte del *Guzmán* y de la *Vida de San Antonio de Padua* (Santonja, op. cit., págs. 31-32). No pudo sentirse muy bien consigo mismo Mateo Alemán, que había sido tan recto juez, teniendo además que falsificar otros datos, como hacer pasar por hija suya a la que en realidad era su joven amante.

³⁵ ¿Existió una tercera parte del *Guzmán*? Mateo Alemán manifiesta antes de partir hacia América tenerla finalizada, pero no tenemos más noticias.